

“La lucha del movimiento ecologista por poner límites a la destrucción y mercantilización de la naturaleza es equiparable a la lucha histórica del movimiento obrero por poner límites a la explotación y mercantilización de la fuerza de trabajo humana”

Jorge Riechmann. “Trabajar sin destruir”

INTRODUCCIÓN

El objetivo principal de este texto es explicar el sentido del ecosindicalismo, esto es, la razón de ser del injerto resultante entre sindicalismo y ecologismo.

Obviamente las propuestas ecosindicales no caen del cielo. Son el fruto de la reflexión y de prácticas sociales de gentes ecologistas y de izquierdas que toman la herencia intelectual y la perspectiva analítica de los movimientos sociales para tratar de establecer un diagnóstico común y diseñar estrategias que hagan posible la colaboración y el ensamblaje de discursos e intereses laborales y ambientales, tarea por otro lado ardua y difícil en estos comienzos del siglo XXI.

La *americanización* de la sociedad vasca, como la del resto de las sociedades occidentales y la homogenización mercantil de nuestros modos de producir y consumir es el resultado y el efecto de un largo proceso de

globalización capitalista de corte neoliberal, en sus versiones laboral, comercial, mediática y cultural, que al parecer no tiene freno posible.

Si bien es cierto que con este proceso una buena parte de nuestra sociedad salimos ganando en el “tener”, en el disfrute material y en nuestro nivel de vida –que no es lo mismo que calidad de vida, por cierto– tampoco podemos cerrar los ojos a la evidencia. Los sectores más débiles de nuestra sociedad, ese tercio que vive en la precariedad o en la marginación y la propia naturaleza, sustento básico para mantener nuestra vida, son los grandes perdedores de ese modelo de vida basado en la importación creciente de materiales y recursos energéticos y en la producción de servicios que atraigan capitales y consumidores. Eso entre nosotros, en Euskal Herria, sin mirar allende los mares y sin reparar en los horrores que produce en las gentes del llamado Sur del planeta nues-



tro inicuo sistema de intercambio económico.

Partiendo de este razonamiento nos embarcamos en la difícil tarea de encontrar las aristas y los puntos de posible ensamblaje entre el movimiento sindical y el ecologismo, sabiendo desde un principio que motivos históricos, culturales, ideológicos y políticos hacen difícil tal acercamiento.

Sería ilusorio no darse cuenta de que existen múltiples ópticas y discursos ecologistas tantos al menos como discursos sindicales y tendencias en el seno de la ahora maltrecha izquierda occidental del inicio del siglo XXI.

Siendo un pequeño pueblo con un bagaje sindical y ecologista nada despreciable, no estaría de más aportar nuestro grano de arena al debate y al compromiso de forjar lazos de entendimiento entre ambas prácticas socio-políticas. Sirvan estas propuestas para continuar por esa senda de libre hibridación y enriquecimiento mutuo. Las que a continuación siguen son ideas, no dogmas. Son formas de ver la realidad, escoradas por la experiencia propia más hacia el ecologismo que hacia el movimiento sindical, pero que buscan el debate y la crítica, nunca mejor dicho, constructiva. Es mucho lo que queda por andar, y ganas de debatir, contrastar y avanzar es lo único que nos sobra.

CRECIMIENTO Y DESARROLLO NO SON LO MISMO. SINDICALISTAS Y ECOLOGISTAS DEBEN SABER DE QUE HABLAN

La economía ha conseguido llegar a ser la ciencia y el terreno de competencia por excelencia, situándose muy por encima de las demás ciencias y también de la política, la religión o la cultura. Y la regla de oro de la economía capitalista ortodoxa es el crecimiento sostenido. Sin crecimiento no hay bienestar, ni creación de empleo. Si no crecemos por encima del 3% anualmente, por encima de los incrementos de productividad, las cosas no irán bien, nos dicen. Además, diariamente nos aperciben de que crecer económicamente es la única manera de generar recursos para paliar la crisis ecológica y los desastres ambientales, de ayudar a los pobres y marginados y sin embargo los datos cantan las diferencias entre ricos y pobres aumentan, cada vez devastamos más recursos naturales y creamos más impactos por exigencias del modelo.

A mediados de los años 80 la diplomacia internacional (Informe Brundtland, 1987) puso en boga el denominado *desarrollo sostenible*, un polémico término que todo el mundo utiliza, aunque con sentidos y significados muy distintos ya que trató de contentar al Norte y al Sur, a ecologistas y a multinacionales, al capitalismo y al socialis-



mo real, tras una ardua campaña diplomática de 5 años. El término se hizo popular tras la Cumbre de la Tierra (Río de Janeiro-Junio, 1992) y examinando la literatura al uso, vemos que a políticos, empresarios y académicos, normalmente les da lo mismo el desarrollo sostenible que el crecimiento sostenido, el crecimiento sostenible o el desarrollo sostenido. Lo que realmente importa es que la economía, en su sentido crematístico, esto es, en su relación con el mercado, crezca ininterrumpidamente. Que aumenten el PIB y las ventas, lo demás vendrá por añadidura.

Otras ciencias, como la biología, nos demuestran que crecimiento y desarrollo son conceptos distintos. Que pueden caminar paralelamente y también en oposición. Desarrollo es proceso, sinónimo de desenvolvimiento y transición, de transformación y autoorganización mientras que crecimiento es magnitud, incremento numérico y aritmético, siempre ligado a fenómenos mensurables.

Una persona no crece por ganar amistades, por conocer países y paisajes aprender idiomas, canciones o técnicas, pero nadie le negará que al hacerlo se está desarrollando, aunque estas facetas tan importantes de nuestra vida tengan poco o nada que ver con el crecimiento de nuestra renta o patrimonio. Tienen más que ver con el ser que

con el tener, pero son parte fundamental de nuestra vida.

Argumenta Paul Ekins en "The Living Economy" que el objeto final de la economía no es el crecimiento sino el bienestar de la gente y a continuación cuestiona que el crecimiento sea bueno en sí mismo y para ello hace un repaso de los resultados anti-ecológicos y anti-sociales obtenidos en los últimos 20 años y apostilla que siguiendo la propia lógica de acumulación capitalista, el crecimiento a toda costa lo que ha aportado principalmente ha sido inflación y desempleo.

Normalmente los ecologistas prefieren hablar de sostenibilidad en vez de desarrollo. Sustantivan el término para no desprestigiar el matrimonio entre economía y ecología con hijos espurios como el "crecimiento sostenible" que no es sino una *contradiccio in terminis*. Al igual que se hizo a principios de los años 70, hoy por más motivos y más fundados que la escasez de materias primas, sería bueno cuestionarse la lógica del crecimiento económico que aumenta las desigualdades. Este sólo debe darse en determinadas partes del planeta y en determinados ámbitos de la economía donde su distribución sea beneficiosa para una mayoría social.

El economista-ecologista norteamericano Barry Commoner ha defendido con acierto



que tras la II Guerra Mundial el desarrollo capitalista ha producido un gran aumento del gasto energético y una gran inversión de capitales como entrada y esto ha traído de salida la disminución progresiva del empleo y de la salud ambiental.

Cambiar este rumbo es una tarea universal y hay que aceptarla como tal. Actuar local e internacionalmente significa también ir a la raíz, a la causa de los problemas y no solamente a aminorar sus síntomas más preocupantes. Algunos estudios como los de Michael Renner ("Empleos sostenibles" La situación del mundo, 1992, Worldwatch Institute) demuestran que la fiscalidad y la contabilidad ecológica puede generar más empleo si además de disminuir el tiempo de trabajo se opta por ferrocarriles y transportes colectivos en vez de autopistas y automóviles, por la energía solar y el ahorro energético, el reciclaje y los circuitos cerrados de producción que retienen puestos de trabajo y por la diversidad en vez del monocultivo y por la fabricación de productos duraderos y fácilmente reparables. Para la realización de este cambio propone una reforma ecológica de los impuestos que como comenta Roberto Bermejo ("Equilibrio ecológico, crecimiento y empleo" 1994) es insuficiente ya que un solo instrumento fiscal y contable no puede dar resultados positivos en un terreno tan complejo

como el empleo y la sostenibilidad ambiental. La política debe ordenar la economía, incluso con prohibiciones y regulaciones (por ejemplo en la exportación de tóxicos, vertidos nucleares, especies amenazadas...) que reconviertan las relaciones de producción y el consumo.

En el futuro vamos a conocer duros debates sobre las alternativas sindicales y ecologistas para salir de la crisis ambiental, económica y del empleo. El Norte no puede seguir creciendo y aumentar sus diferencias con el Sur. Y el Sur esta muy cerca, en Iruñea, en Bilbao la Vieja o en Txabarri (Sestao).

Somos parte del primer mundo y en esta tierra vasca, como en tantos otros lugares del mundo, izquierda y derecha han apostado por el crecimiento económico como única medicina para nuestros males, por eso que algunos llaman *desarrollismo*, como inercia y huida hacia adelante.

No estaría de más recordar brevemente los ciclos económicos del último medio siglo para retratarnos ambientalmente en ellos y observar ciertas incoherencias que nos ayuden a reflexionar y cambiar de rumbo.

A partir de los años 60, el tejido empresarial vasco hizo grandes fortunas en una situación de bonanza económica y pleno empleo. Siguiendo una estrategia de tierra quemada, de ríos cloaca y asfixiantes suburbios, año tras año reunían sus juntas de



accionistas para repartir dividendos y ganancias pero las amortizaciones, los fondos de reserva e inversiones en nuevas, limpias y blandas tecnologías menos depredadores del medio ambiente no entraban en su diccionario. No habiendo inversiones para paliar el impacto ambiental nuestros ríos, montes y nuestro aire, nuestras vegas y nuestra costa se fueron colmando de polución y de instalaciones obstaculizadoras del funcionamiento de los ecosistemas. Las permanentes inundaciones son un claro ejemplo de ello y de esta guisa nuestro pasivo ambiental ha crecido de forma desahogada, tanto que la Administración vasca actual, a pesar de que el franquismo feneció hace casi treinta años sigue responsabilizándole de nuestra crisis ecológica (lindano, canteras, ríos...).

Hasta después de la reconversión industrial de los traumáticos años 80 el "gasto medioambiental" no se tuvo en cuenta al contabilizar los indicadores económicos. Una fábrica de papel, por poner un ejemplo, que durante décadas había vertido sus aguas contaminadas al río, no consideraba el consumo de recursos naturales en sus cálculos económicos, por lo que la actividad contaminante era muy barata. El agua no valía nada, envenenar el aire tampoco, ni siquiera devastar la tierra con lodos tóxicos. Todo era casi-gratis y sólo contaban las toneladas de cartón y papel producidas por peseta invertida. Desde hace ya más de una

década esta forma de actuar se frenó. No se podía seguir así, fundamentalmente por las leyes y directivas europeas a respetar.

El escenario se reproduce gradualmente si de los sectores básicos de la economía vasca, siderometalurgia, papeleras y químicas, nos vamos a las canteras o a las explotaciones forestales del sector primario o a los cientos de talleres de automoción o maquinaria.

Empresarios y administración una vez superados los años de estancamiento y desindustrialización saben que no se puede seguir por aquella senda. Los primeros se han dado cuenta que el medio ambiente es un artículo susceptible de generar competitividad y acceso a nuevos mercados y desde ese prisma quieren reverdecer su actividad de la mano de una Administración que sabe que la defensa del medio ambiente además de una obligación, es una causa que aúna muchas voces y recoge votos.

En este comienzo de siglo, no debemos pasar por alto que aquí igual que en Europa, los factores de mayor presión ambiental son el transporte, la industria y el consumo. El aumento incesante de infraestructuras de transporte y las vías de comunicación nos deben hacer pensar en la globalidad de los cambios productivos y sociales que se deben promover y las soluciones alternativas a ofrecer, porque nuestro territorio no se puede estirar. Retomando las



contradicciones desarrollistas y repensando los mandatos del crecimiento, el sindicalismo y el ecologismo vasco puede conjuntamente ser un factor clave para la reconversión ecológica. La reciente propuesta sindical sobre el sistema ferroviario que Euskal Herria necesita, es un buen ejemplo a seguir.

EL MOVIMIENTO OBRERO Y EL MOVIMIENTO ECOLOGISTA PUEDEN SER TANTO ANTAGONISTAS COMO ALIADOS

Dos décadas después de que K.Marx y F.Engels junto al resto de los componentes de su Liga dieran a conocer en Bruselas el “Manifiesto Comunista” (1848) con su retórica libertaria y emancipadora, Ernst Haeckel publicaba en Alemania su “Morfología general de los organismos” que viene a ser el bautismo de la ecología como ciencia de los ecosistemas, pariente de la biolo-

gía. Ni los marxistas inventaron la lucha de clases, que estalló muchos siglos antes con el nacimiento de los estados prístinos, ni los ecólogos y científicos darwinistas del siglo XIX fundaron el ecologismo que surgió en la década de los 60 como nuevo movimiento social. Sin embargo unos y otros fueron y son vitales para pergeñar y esbozar el pensamiento ecosindical.

Sería de necios negar las importantes diferencias que asoman a la vista cuando comparamos los programas, las campañas, las formas de acción y funcionamiento (interno y externo), el público emisor y receptor y otro tipo de variables entre las organizaciones sindicales del movimiento obrero y de las organizaciones ecologistas.

Utilizando el modelo de nuevos y viejos paradigmas político-sociales del sociólogo alemán C. Offe y aplicándolo a nuestro caso la comparación podría quedar así:

	ACTORES	CONTENIDOS	VALORES	MODOS
“VIEJO” PARADIGMA	Intereses de grupo y conflicto de distribución.	Crecimiento económico y reparto.	Libertad y seguridad en el consumo privado y progreso material.	Organización formal e intermediación corporativista de intereses.
“NUEVO” PARADIGMA	Intereses más globales.	Medio ambiente, derechos humanos.	Identidad, autonomía personal.	Horizontalidad. Protesta y propuestas negativas.



Observamos que las diferencias son notables desde una perspectiva histórica y de espectro *macro*, a pesar de que para ambos movimientos en las sociedades capitalistas la razón de la crítica y la personalización del adversario a combatir pueden ser similares.

El movimiento obrero y sindical, hoy como ayer, asume que el quid central es como repartir la riqueza producida en cada sistema social. Estos últimos sesenta años, los años del desarrollo como pronosticara Truman en Bretton Woods (1949), han sido de gran crecimiento económico, lo que ha permitido la creación del Estado Social o del Bienestar, ese modelo que hoy se trata de desmontar precisamente para seguir creciendo, caiga quien caiga.

Para los ecologistas, el problema no está tanto en el reparto final y se trata de apuntar a la raíz, a lo que se produce y cómo se produce, a lo que se consume y como se consume y al propio tamaño de la tarta que no puede seguir creciendo indefinidamente, por los propios límites naturales. Y, por supuesto, pero sólo como una cuestión más, en como se reparte.

Agradeciendo a Claus Offe su esfuerzo taxonómico y clasificador, no parece de recibo admitir que los ecologistas como el resto de los nuevos movimientos sociales alternativos (antimilitaristas, feministas,...) no pasan del no a los planes del sistema capita-

lista. Alternativas, gusten, se critiquen, se discutan o no, abundan y en muchas ocasiones los propios conceptos y eslóganes ecologistas son utilizados por instituciones, empresas y afortunadamente, también por los sindicatos.

Más allá del reverdecimiento oportunista, de escaparate perseguido por los departamentos de *public relations* de empresas transnacionales que tratan de aparecer ante sus accionistas y ante la opinión pública como potenciadores del buen trato a la naturaleza, tenemos hechos recientes aunque ya históricos que nos marcan el camino a seguir entre quienes quieren conjugar la justicia social con el respeto a la madre Tierra.

La batalla de Seattle en Diciembre de 1999 se ganó por la colaboración de sindicatos y ecologistas, además de otros sectores sociales, mujeres, jóvenes... Frenó los planes de privatización y mercantilización de la vida social de la Organización Mundial de Comercio y supuso el bautizo de un nuevo movimiento "amalgama" de otros y llamado movimiento anti-globalización donde sindicalistas y ecologistas colaboran y se hibridan en prácticas y discursos. A pesar de su juventud, de su presencia intermitente, sus prácticas y propuestas son un nuevo modo de hacer política que tiene mucho



que ver con las propuestas sindicales y ecologistas

La cosa cambia y no poco cuando venimos a terrenos y tiempos más cercanos. En Euskal Herria existen tanto organizaciones ecologistas como sindicales dispares, incluso algunas que nunca han tenido ni tendrán preocupaciones sociales y políticas semejantes, aunque históricamente hayan existido canales de comunicación y puntos de encuentro y de debate entre sindicatos y organizaciones ambientalistas, precisamente porque por un lado, los y las ecologistas han formado parte de las organizaciones sindicales como trabajador@s y por otro, porque en este país han existido campañas y luchas ambientales (Lemoiz, Leitzarain, Itoiz, Atxarte, Garoña, TAV, incineradoras...) de fuerte trascendencia social.

El reto actual, bien reflejado en los debates y en la experiencia del Foro Social de Euskal Herria, está en poder conjugar la crítica compartida sobre los procesos de globalización neoliberal, con estrategias ecosindicales que apunten a los agentes locales de esa globalización (BBVA, Iberdrola, Eroski, BBK, Sener, MCC...) y no sólo a los efectos de la misma.

Algo se ha avanzado en este terreno, quedando casi todo por hacer ante los megalómanos planes de "crecimiento sostenido" que estos agentes vascos de la globalización

nos anuncian (superpuertos y puertos deportivos, Tren de Alta Velocidad, megacentros comerciales, autopistas y autovías, centrales de energía, golfs y aeropuertos...) y que diseñan una sociedad vasca globalizada en interés de elites y minorías cuyo modo de vida es impracticable e insostenible, no sólo para la mayoría de la humanidad, sino para la mayor parte de la propia población vasca.

**VIVIMOS UNA EPOCA DE CRISIS
DEL MODELO DE RELACIONES
SOCIO-ECONOMICAS Y DE CRISIS
ECOLOGICA Y ECOSINDICALISMO
SIGNIFICA NO SEPARAR
LA UNA DE LA OTRA**

Decía el italiano A.Gramsci que la crisis es ese momento histórico en que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de imponerse. A pesar de que Francis Fukuyama en su potente y revelador artículo de 1989 en The Nation anunciara el "Fin de la Historia", parece que el liberalismo capitalista tiene más problemas de los que se preveían con la desaparición del bloque soviético, no para imponer su hegemonía económica, cultural o militar, cuestión conseguida hace décadas, sino para barrer del



mapa a sus competidores ideológicos y políticos.

El recurso a la guerra y la ruptura del multilateralismo también son señales de esa crisis que a mi entender es doble: de modelo de relaciones sociales y de relaciones con la naturaleza. Vivimos un período de aceleración de las desigualdades económicas y desastres ecológicos de gravedad extrema y ambos fenómenos no son separables.

En el mundo del trabajo en los últimos 20 años hemos asistido a cambios tecnológicos, reconversiones y recolocaciones traumáticas que han supuesto la aniquilación de los sectores productivos primario y secundario, pilares de muchas economías regionales como la vasca.

A juicio de algunos críticos los ecologistas deberían alegrarse de la desaparición de estas industrias y actividades que a su juicio son las principales fuentes de contaminación. Hay en Euskal Herria quien tiende a ver la desaparición de estos empleos como positiva para el medio ambiente y para la sociedad en general porque además de anti-ecológicas, estas actividades extractivas y de transformación industrial son anti-económicas, según su interesada visión de la lógica mercantil.

Somos de la opinión de qué quienes diseñaron en nuestro país el desarrollo industrial y más tarde optaron por su finalización,

por el cambio tecnológico y la llamada terciarización, han pensado y piensan más en la lógica del beneficio que en el empleo y en el equilibrio ambiental, que resultan ser valores secundarios usados para embellecer su discurso.

Al margen de estas críticas, las nuevas tecnologías del post-industrialismo han producido grandes cambios culturales y sociales. La era post-industrial ya no conlleva las grandes concentraciones industriales y obreras de antaño y el proletariado industrial ha ido desapareciendo no sólo por las reconversiones del sector industrial “en sí”, sino por las nuevas condiciones de vida y el alto nivel de consumo obtenido “para sí” por una buena parte de la clase obrera, parafraseando al socialista húngaro G.Luckas.

Según escribe A.Touraine, “los movimientos urbanos plebeyos del siglo XIX sufrieron su decadencia cuando ascendió el movimiento obrero contemporáneo, adversario de la industrialización capitalista. Hoy el movimiento obrero padece la misma erosión mientras se forma una sociedad de nuevo tipo, sociedad tecnocrática y sociedad de consumo a un tiempo, cuyo desarrollo suscita en cambio el nacimiento de nuevos movimientos sociales...”

Los cambios ocurridos en la sociedad industrial suscitan la aparición de nuevas contradicciones y de nuevas propuestas. En



la propia escena política están apareciendo fenómenos a izquierda y derecha del espectro político que también tienen que ver con los cambios socio-económicos.

Sin entrar ahora a examinar las actitudes y las estrategias de los sindicatos y de la clase obrera industrial en su reubicación en este escenario cambiante, la situación actual, en tiempos de retroceso social y de pérdida de poder adquisitivo, no parece ser muy favorable a estos “nuevos” discursos ecologistas y también feministas, antimilitaristas, o de solidaridad antirracista e internacionalista, aunque no debemos minusvalorar las experiencias de colaboración y práctica común habidas.

La pregunta crucial es: ¿Puede hacerse algún tipo de cambio social radical o profundo con criterios ecologistas sin el acuerdo y la participación de las organizaciones sindicales y de la desdibujada pero “realmente existente” clase obrera?

La Historia con mayúsculas nos da algunas claves y nos sirve para saber que antes de que los hijos de la burguesía llegaran a preocuparse por la calidad del aire en las ciudades y por la transparencia del agua en el campo, “eran ya muchos los obreros que habían muerto o quedado inválidos para siempre, a consecuencia de distintos tipos de envenenamientos y contaminaciones, por entornos insalubres, debido al ahorro

de medios y técnicas anticontaminantes que siempre supone el dominio absoluto de la lógica del beneficio inmediato...”(F. Fernández Buey). Luego, si razones históricas existen, habrá que ahondar en las razones del momento.

EL ECOLOGISMO, MOVIMIENTO SOCIAL PLURAL Y DIVERSO, BUSCA APORTAR LAS CLAVES Y PAUTAS PARA UNA REORDENACIÓN SOSTENIBLE Y JUSTA DE LA SOCIEDAD, CON PROPUESTAS DE CAMBIO DEL MODELO DE PRODUCCION Y CONSUMO

No sólo el movimiento ecologista ha criticado el rumbo de la sociedad industrial. Cuando el Club de Roma, organismo científico-económico ligado a la familia Agnelli (FIAT) difundió el temor a los límites del crecimiento (Informe Meadows -1972-, Mesarovic-1974-...) se estaba alertando al mundo sobre el equivocado camino elegido por quienes creían en el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas. Error común en Oriente y Occidente, en las democracias liberales y en el socialismo burocrático. A principios de los 90, tras dos décadas de olvido y desprecio a tales advertencias, justificados por el importante avance tecnológico



experimentado en este período que coadyuvó a encontrar nuevas reservas de materias primas hasta entonces desconocidas, el Club de Roma volvió a la carga con “La Primera Revolución Global”. Este texto proponía el abandono de toda ideología política o social para poner el mundo en manos de intelectuales -ecotecnócratas- que pusieran al mundo en vías hacia un desarrollo sostenible. Y algunos nos preguntamos ¿Sería justo ese modelo? ¿Sería democrático? ¿Habrá libertades individuales y colectivas o viviremos en la desigualdad y en el despotismo de una aristocracia ecologista? El ecofascismo o el autoritarismo ecológico son posibles, aunque de momento sean sólo quimeras expresadas en papel, pero nos sirven para comprender que las propuestas de cambio ambiental no vienen sólo del movimiento ecologista.

Por otro lado, tengo para mí que el periodismo amarillo ha hecho confundir interesadamente al variopinto movimiento ecologista con los partidos verdes y ambas cosas, aún teniendo mucho en común, no son para nada lo mismo, aunque los medios de comunicación lo vendan como tal y por desgracia, así lo asuma la mayoría de la población.

El movimiento verde, al margen del diverso tipo de organizaciones, iniciativas, asociaciones y campañas que forman parte de él, es un movimiento social relativamente joven que ha elaborado una crítica frontal al pretendido dominio humano de la naturaleza, al cientifismo tecnocrático y al crecimiento económico permanente como ley de oro del capitalismo. Los partidos verdes que nacieron del seno de este movimiento social, significan otro tipo de organización, objetivos e intereses, estructura y funcionamiento, por muy legítimos que estos sean. Esto es, los partidos se dedican a un tipo de trabajo específico, ligado a la política institucional y los movimientos se mueven con otros ritmos y formas.

Eso no quiere decir que dentro del ecologismo no existan tanto puntos de acuerdo (defensa de la biodiversidad, respeto a los límites naturales, búsqueda de sostenibilidad, principio de precaución...) como diferencias y tendencias que dan muestra de su amplio espectro. En lo ideológico podemos encontrar grupos ecofeministas y conservacionistas, etno-ecologistas, ecosocialistas y bio-céntricos, por nombrar algunas tendencias del pensamiento ambiental.



ACUERDOS Y DESACUERDOS DEL MOVIMIENTO ECOLOGISTA

ACUERDOS	DESACUERDOS
defensa de la biodiversidad	superpoblación
respeto a límites naturales,	reformismo o radicalismo
búsqueda de sostenibilidad,	incentivos de mercado
principio de precaución	bio/antropocentrismo
democracia participativa	partidos verdes
desconfianza con la ciencia	relación naturaleza/sociedad

Existen corrientes como la Deep Ecology –Ecología profunda– que defiende la igualdad de derechos de todos los seres vivos, rechazando que los humanos tengamos por lo tanto derechos anteriores a los animales, ya que ven la sociedad como un subsistema o una parte más, pero no superior a la fauna o a la flora de la biosfera.

Más a la derecha también podemos encontrar, aunque sean muy minoritarias, corrientes socialdarwinistas que justifican el statu quo de apartheid planetario en base a la negligencia innata de los indigentes sureños y a los derechos adquiridos por aquellos más inteligentemente *desarrollados*.

Frente a ellos, en el otro extremo ideológico encontramos a quienes mantienen que naturaleza y la sociedad son realidades dispares que deben considerarse separadas y no interferirse. Plantean que el mundo

natural tiene sus propias leyes y los humanos ya hemos devastado de forma brutal los ecosistemas en los últimos dos siglos y medio de civilización industrial, por lo que debemos marcar algunos límites de respeto al mundo salvaje. Este ecologismo conservacionista, el primero en nacer y con un alto número de seguidores en los países industrializados occidentales, trata de separar y defender ciertos enclaves naturales de la acción humana depredadora. En su seno podemos encontrar también *lobbyes* o grupos de presión organizados en torno a instituciones internacionales que buscan interesadamente su parcela de poder en el reparto del nuevo pastel ecológico, ya que la naturaleza también está sujeta a la mercantilización y a la valoración crematística y los intereses en lid son fuertes y dispares.



Entre estos dos discursos ambientales, el de la ecología biocéntrica, espiritual o profunda y el ambientalismo y conservacionismo nos encontramos con la ecología política, ecologismo social para otros, que es aquel que pretende integrar y no separar naturaleza y sociedad. Un ecologismo que no concediendo valores y derechos especiales a la naturaleza, considera que también la sociedad y sus relaciones están sometidas a las leyes naturales y que salir de la crisis ecológica debe significar, por ende, la obtención de un sistema socialmente equitativo.

En ese sentido, podemos afirmar que la gran mayoría de las organizaciones y grupos que conforman el panorama ecologista vasco responden a criterios de ecología social y política, a expectativas de cambio en nuestras relaciones con el medio en que vivimos, pero cambiando radicalmente las relaciones humanas, lo que al menos ideológicamente hace menos difícil la concreción de propuestas ecosindicalistas.

Nos movemos en un ámbito de acción y de discurso público en el cual las componentes anticapitalistas del ecologismo son muy marcadas y ahí mismo residen las posibilidades de tejer campañas conjuntas con el movimiento obrero y sindical. La defensa del igualitarismo y de la justicia social y el compromiso con otros movimientos o sectores sociales esta vivo y es por ahí por donde

los contactos y las alianzas con el movimiento sindical pueden reforzarse.

LA ENCRUCIJADA SINDICAL PIVOTA ENTRE CONVERTIRSE EN UN NUEVO PARTICULARISMO PARA PRIVILEGIADOS O EN ARIETE DEL CAMBIO SOCIO-POLÍTICO FRENTE AL NEOLIBERALISMO

En línea con esta tesis, el socialdemócrata Manuel Escudero (El País, 21-Mayo -1992) decía que “los sindicatos hoy presentan características similares a los nuevos movimientos sociales, con los mismos pros y contras, sujetos a la misma impredecible evolución, pueden contribuir a la fragmentación y tribalización de los países avanzados, pero pueden también avanzar hacia la alianza con un planteamiento político innovador, que persiga la restauración de la legitimidad, de las virtudes y de los procedimientos públicos democráticos”.

Los cambios estructurales en el mundo del trabajo y en los sectores y actividades productivas en las tres últimas décadas han trastocado la visión interna y externa del sindicalismo que tiene que optar entre la independencia del Estado o volverse parte de él, por sus mutua dependencias.



En vísperas de una huelga general, Manuel Vázquez Montalbán apostillaba que el movimiento obrero era el movimiento social “realmente existente”, en crisis pero fuerte y relevante, capaz de poner todo un país en pie o tumbarlo frente a las políticas económicas de un gobierno. No muchas fuerzas sociales pueden hacer lo mismo, y eso es signo de fortaleza y capacidad de presión política.

No obstante, en referencia a la importancia social y a la relevancia que las cuestiones ambientales han tomado en las sociedades occidentales llamadas “avanzadas” hay voces que cuestionan la universalidad de los fines y de los intereses de los sindicatos obreros, diciendo que si bien defienden muchas más almas que la burguesía, representan las preocupaciones de mucha menos gente que los movimientos ecopacifistas. Investigadores como Johan Galtung en su exploración socio-histórica sobre el movimiento verde han intentado demostrar que los ecologistas defienden y representan intereses más públicos y comunes que la propia clase obrera. Según su opinión hace dos siglos la burguesía se alió con los sectores más conservadores para impedir que sus propias proclamas democráticas llegaran a la mayoría de la población europea. Más tarde la clase obrera occidental tras el periplo de las dos guerras mundiales llegó a un

acuerdo de colaboración con los patronos y el Estado para mejorar su desfavorable situación social en tiempos de fuerte crecimiento y bonanza económica, dando lugar al llamado Estado Social o sociedad del bienestar.

La clase obrera occidental ha conseguido mejoras muy importantes en sus condiciones laborales y sociales en estos últimos 40 años; sin embargo cuando las elites económicas contraatacan tratando de recuperar terreno para aumentar sus ganancias y exigen privatizaciones y desregulaciones, deslocalizaciones y despido libre, contrataciones temporales e incentivos fiscales, la respuesta sindical se vislumbra desigual y limitada para aparecer ante los ojos de la ciudadanía como una defensa de los intereses generales.

Por eso se ha solido criticar a los sindicatos que en las últimas décadas han gestionado los intereses de sus afiliados como una fuerza social autónoma, en pugna con la Administración del Estado y con las organizaciones patronales y han tomado la apariencia de ser una parte integrante del aparato del Estado del Bienestar, la tercera pata de la concertación social. Una concertación social que ha generado estabilidad social y política, pero que no debe olvidar la existencia de sectores sociales desfavorecidos - fundamentalmente mujeres, jóvenes y ancianos- sino quiere que fragüe la idea de



que las organizaciones sindicales defienden intereses propios y no generales.

Frente a quienes plantean que los sindicatos defienden intereses particulares y no de "clase" o que su "clase obrera" se ha reducido casi exclusivamente a -hombres- blancos y profesionales, aquellos sindicatos que afilian, organizan y defienden los derechos de los inmigrantes, mujeres y jóvenes pueden sentirse orgullosos y en coherencia con las reivindicaciones históricas del movimiento obrero internacional. Aquí es donde las aguas del sindicalismo se dividen entre el corporativismo y el sindicalismo social y solidario.

**SUPERAR LA CRISIS ECOLOGICA
SIGNIFICA AUNAR MUCHOS
ALIADOS CON INTERESES
COMUNES. ECOLOGISMO Y
SINDICALISMO DEBEN
REGENERARSE PARA OFRECER
ALTERNATIVAS ASUMIBLES POR LA
SOCIEDAD VASCA**

Sindicalistas y ecologistas por sus propias inercias no parecen estar en buenas condiciones de interacción y mutua colaboración. Hablan idiomas diversos y usan lentes distintas para escudriñar la compleja realidad social. Empero las estrategias para enfren-

tarse a la crisis ecológica y social sólo serán válidas si en vez de controlar el fin del proceso, tanto de la acumulación de la contaminación como del reparto y distribución de los beneficios económicos, se opta conjuntamente por procesos de funcionamiento circular que democraticen y regeneren procesos de producción y de decisión. Contentarse con una cierta mejora al final del proceso productivo, bien en la disminución de la polución o en el reparto más equitativo no es garantía de sostenibilidad social y ambiental.

Volvemos al debate entre los fines y los medios y entrar en un terreno concreto quizás nos ayude a encontrar alguna luz, alguna salida en positivo a nuestro dilema.

Hoy la gran mayoría de los asalariados vamos y volvemos a nuestro puesto de trabajo en automóvil privado, algo que se ha pretendido convertir en un símbolo de libertad de movimiento y status social. Empero esta práctica diaria genera graves problemas de circulación, de aparcamiento, de ocupación de los espacios urbanos, de congestión, de ruidos y contaminación atmosférica, de accidentes, de nuevas infraestructura, etc. Podríamos seguir esta larga lista hasta preguntarnos si tanto desaguisado merece la pena.

El transporte es el problema socio-ambiental más preocupante en la mayoría de las



grandes y de las no tan grandes ciudades vascas. Desde hace años se viene planteando ante los responsables de las políticas de tráfico y transporte por parte de diversos agentes sociales (ecologistas, sindicalistas, baserritarras, asociaciones de vecinos, consumidores...) una moratoria de proyectos infraestructurales (autovías y variantes, TAV, macrocentros comerciales, superpuertos y aeropuertos...) que sirva para reordenar el tráfico y poder así hablar de movilidad sostenible. Sin embargo, las administraciones locales que cuestionan estos proyectos se sienten huérfanas ya que Diputaciones y Gobiernos autonómicos observan una huida

hacia delante y avanzan en una dinámica esquizofrénica que consiste en predicar la movilidad sostenible y promocionar la construcción de infraestructuras que son parte del problema no de la solución.

Los datos cantan y cada día recorreremos más distancias para acudir al trabajo. Como se observa en la Tabla 2, en una década (1989-99) un 14,5% de trabajadores de la C.A.V. ha pasado a recorrer más de 5 kms. para acceder a su puesto de trabajo y esto no más allá de suponer un índice de desarrollo socio-económico, refleja un crecimiento insostenible de la movilidad.

Tabla 2. Evolución de la distancia recorrida al trabajo en la C.A.P.V.
(% del total de personas)

Distancia (metros)	1989	1999	Diferencia 1988 - 1999
<100	8,74	5,65	-35,41%
100-499	9,06	7,68	-15,19%
500-999	9,51	7,82	-17,69%
1.000-4.999	38,71	35,29	-8,84%
5.000-9.999	13,97	13,08	-6,31%
10.000-29.999	16,11	24,74	53,50%
30.000-49.999	2,57	3,47	34,99%
>50.000	1,34	2,27	70,20%

Fuente: Josefran Cid (2004) y Encuesta de Condiciones de Vida 1989 y 1999. Eustat.



Como explica Winfried Wolf en su interesante artículo: “La sociedad del automóvil: Un callejón sin salida” en las sociedades occidentales la suma de los movimientos de transporte empleados para satisfacer aquellas necesidades de movilidad básicas se ha mantenido en una cifra constante (aproximadamente mil novecientos movimientos por persona y año desglosados en trabajo, compras, ocio, enseñanza y vacaciones) a lo largo de todo el siglo XX, tanto antes como después de la automovilización de la sociedad. No ha variado la cantidad de desplazamientos lo que si ha variado, como hemos visto en la tabla anterior, es la cantidad de kilómetros recorridos para realizar ese millar de movimientos de transporte. Las grandes superficies comerciales y los polígonos industriales alejados de los barrios y ciudades son los que marcan la gran diferencia. Y es precisamente en la transformación de esta forma de desplazamiento motorizado al trabajo y a las compras donde las organizaciones sindicales tienen mucho que decir, tanto para generar más y mejores empleos, como para mejorar la calidad de vida de los y las trabajadoras.

Los sindicatos y sus organizaciones internacionales han avanzado en su compromiso ecológico en la última década. En la Unión Europea los contactos entre las grandes organizaciones ecologistas (Greenpeace,

WWF, Amigos de la Tierra, European Environmental Bureau, Birdlife, Transport & Environment y la Red Acción del Clima) y la federaciones europeas de sindicatos comenzaron a raíz de la remodelación de la U.E. en Maastricht. Ambos tenían mucho que decir ante el modelo europeo que se forjaba en la nueva carta europea, en lo social y en lo ambiental. Desde entonces hemos visto a sindicatos y ecologistas, junto a otros sectores y voces protestar una tras otra en las diferentes cumbres europeas, donde los ministros de la UE antes con 15 y ahora con 25, diseñan sus planes de acción.

Algo parecido ha ocurrido a escala planetaria en foros ambientales como el Consejo para el Desarrollo Sostenible de la ONU donde sindicatos y ambientalistas, junto a indígenas, autoridades locales y mujeres gozan de voz para presentar sus visiones y críticas. Desde la Cumbre de Río de Janeiro (Junio -1992) el sindicalismo en general ha tomado con mayor seriedad y dedicación las cuestiones ecológicas y en la fallida cumbre de Johannesburgo (Agosto-2002) su presencia y sus propuestas fueron notables.

En Euskal Herria hemos tenido la oportunidad de compartir debates y pláticas en el proceso iniciado por el Foro Social Vasco en el año 2003. Como comienzo es una buena noticia pero más allá del mutuo conocimiento, de escuchar y presenciar las pro-



puestas y reflexiones de cada movimiento social este Foro debería fructificar en prácticas comunes, en espacios comunes de acción y de debates permanentes con programas mancomunados, para como decía A. Machado hacer camino al andar. Las inercias de cada movimiento no facilitan el trabajo acompasado pero si se pudieran producir y expandir experiencias de colaboración ecosindical por pequeñas y puntuales que sean, el efecto educativo y multiplicador no se haría esperar.

En el difícil y peliagudo terreno del transporte donde tantos intereses y actores distintos se entrecruzan, las manos unidas de transportistas y ecologistas, de usuarios y plataformas vecinales serían muy útiles para intentar forzar un cambio de rumbo.

Quizás el sindicato además de discutir mis condiciones laborales y contractuales, puede serme de gran ayuda si me ayuda a ganar calidad de vida, reduciendo mi dependencia de esa droga diaria llamada automóvil y me ayuda moverme en un renovado sistema de transporte público y a trabajar más cerca de casa. Gano yo y ganamos todos.

LA RECONVERSIÓN ECOLÓGICA DE LA INDUSTRIA GENERARÁ MÁS Y MEJORES EMPLEOS

Altos Hornos de Vizcaya, el bastión emblemático y motor central de la industria vasca

no se cerró por la presión ecologista. No fueron los factores ambientales, ni el pasivo ecológico que esta gran empresa dejó tras su siglo largo de funcionamiento productivo las que determinaron su cierre. Sus trabajadores vieron como una nueva acería compacta dando empleo a una veinteava parte de empleados producía la misma cantidad de acero. Una vez más la suma de capital y tecnología destruía empleo y hacia desaparecer el símbolo industrial vasco, por excelencia, lo que ni Franco ni el Gobierno Vasco camino del exilio se atrevieron a destruir. Hoy la ACB tras menos de un lustro de existencia conoce horas bajas de regulación y ve su futuro en entredicho víctima de la globalización de la competencia mercantil.

Este no es sino un ejemplo para entender como funcionan las reglas económicas y como la opinión pública parece aceptar este tipo de pérdidas con resignación. Nadie parece poder oponerse a las leyes inexorables del mercado, como si el mercado fuera un Dios lejano que dicta sentencia muy por encima de nuestras posibilidades.

Ya en 1969 cuando con la profesora de Química en 5º de Bachiller visitamos la factoría de AHV en Sestao, se nos decía que la contaminación de sus hornos se iba a arreglar con filtros, muy costosos, pero que acabarían por implantarse para evitar males en la salud de trabajadores y vecinos. Hoy en la



Margen Izquierda hay muchos menos humos y sobre todo muchos menos trabajadores aunque el pasivo ambiental sigue presente en el suelo y en el estuario.

Hace ya años que en nuestro país se creó un “*Cluster*” (grupo, racimo) medioambiental de empresas que vieron la oportunidad de seguir haciendo negocios dedicándose a cuidar el medio ambiente, especialmente con los residuos. Entre nosotros los residuos industriales y los urbanos son un problema que crece. Cada vez generamos más basuras que ya no se pueden tirar en cualquier sitio, como en otros tiempos. Gestionamos muy bien los residuos dice el gobierno de Gasteiz. Como mercancía al uso, se valorizan y se pagan jugosos cánones por su tratamiento. Y se crean puestos de trabajo en factorías de recogida, de almacenamiento, de reciclaje, de inertización o en incineradoras. Lo dicho, el medio ambiente genera empleo.

El *quid* está en que si los residuos se convierten en negocio, la perversión es tal que en vez de minimización o reducción de los residuos caminamos hacia su importación. Los vascos, efectivamente somos punteros en las tecnologías de residuos, la cuestión es si estamos dispuestos a convertir nuestro país en un vertedero, asumiendo la gestión de las basuras como negocio, no como necesidad. Es curioso como desde posiciones

tecnológico-ecologistas se defiende por un lado la poca viabilidad económica del compostaje, puesto que no hay un mercado vasco, ni circundante, donde colocar el abono obtenido con nuestros residuos orgánicos y sin embargo se acepte y justifique la importación de residuos tóxicos y peligrosos, porque estos residuos están mejor almacenados y tratados que dejados al albur de empresarios desaprensivos y porque aquí ya existen las empresas de tratamiento y de paso generamos capital y empleo.

No fue esta la filosofía empleada en Atxarte, en la larga polémica en torno al cierre de las canteras situadas dentro del Parque Natural de Urkiola, las de Mañaria, por arte de magia, quedaron fuera del mismo. Los puestos de trabajo de canteros y transportistas fueron un elemento que ecologistas y escaladores trataron de salvaguardar, buscando otro tipo de actividad dentro de la economía que los propios servicios del parque debieran generar optando así por una reconversión no traumática. Poco caso se hizo a sus propuestas, a las ideas de solución escrutadas por el Patronato del parque y flaco favor hicieron el resto de los actores socio-políticos en lid a estos trabajadores para encontrar una salida a su compleja situación laboral. Lo que pudo ser una ejemplar experiencia práctica de colaboración entre Administración, sindicatos y ecologis-



tas resultó un fiasco que se enquistó dejando en este caso a la parte más débil del conflicto, a los trabajadores, sin futuro en las canteras y sin empleo en el parque.

Estos casos de nuestro entorno no son sino algunas muestras de cómo la pretendida incompatibilidad entre medio ambiente y empleo está por demostrar.

Si la seguridad y la salud en el puesto de trabajo resultan caras y rebajan el margen de beneficio, bien sabemos que a la larga sale más en cuenta prevenir que curar. Los accidentes laborales son la mejor lección de ello.

El periodista ambiental Joaquín Araujo ha planteado que emprender la transición hacia una sociedad sustentable exigirá dedicar el 15% del PIB a inversiones ambientales, en la energía, en el transporte, en la producción limpia, en el cierre de empresas dañinas, etc. Hoy los países más avanzados en cuestiones ecológicas, los escandinavos pongamos por caso, dedican el 1,5% o sea 10 veces menos.

Existen cálculos más y menos optimistas sobre la capacidad de creación de empleo de las iniciativas ecológicas. Son más intensivas en trabajo y menos en capital y energía afectando a los sectores centrales de la vida económica. Sin embargo como bien apunta Jorge Riechmann también suponen reducción de empleo al frenar el crecimiento y el

tráfico automovilístico, al desmercantilizar ciertas actividades, al desaparecer algunos sectores productivos (nuclear, cloro, armamento, turismo insostenible...).

Luego sacar las cuentas de tal reconversión hacia la sustentabilidad ecológica no es tarea fácil de calcular, pero aún más difícil es convencer a la opinión pública del primer mundo en que "afortunadamente" vivimos, de que la economía ecológica es el camino.

AL CAPITALISMO VERDE LE SOBРАН MUCHAS PERSONAS Y EMPLEOS

En estos comienzos del siglo XXI se observa un cambio espectacular en las perspectivas de futuro de los hijos e hijas de la clase obrera. Sus expectativas de empleo y de mejora socio-económica están en peligro ya que ni siquiera superar satisfactoriamente su periodo estudiantil es garantía de lograr las condiciones mínimas para una vida independiente y autónoma. Este es un dato relevante de decadencia y crisis social que amenaza a una buena parte de la juventud, que se ve obligada a depender de las rentas de sus progenitores. Acceder al empleo estable y a la vivienda es una meta mucho más difícil de alcanzar que en generaciones anteriores.



Esos jóvenes que se ven llamados diariamente al consumo desaforado para ocupar un lugar en la sociedad, tienen serias dificultades para obtener el disfrute de aquello que la lucha sindical de sus padres y abuelos trajo y que había sido llamado Estado del Bienestar, aunque bien sabemos que en esta parte de Europa su implantación fue retardada y relativa.

En cambio firmas que durante décadas fueron depredadoras de ecosistemas y despilfarradoras de materiales y energía se han vestido de verde y ofrecen un escaparate ambiental que trata de ocultar los desaguisados de sus actividades industriales, no para generar más empleos sino para hacer más y mejores negocios. El caso de Iberdrola, una multinacional de nuestro entorno es paradigmático.

Automóviles de menor consumo de combustible y menos contaminación para conquistar la naturaleza, turismo ecológico, energía verde y productos reciclables de todo tipo son el reclamo publicitario de compañías multinacionales que hace tiempo aprendieron que el "greenwash" o lavado de imagen ecológico funciona y limpia la conciencia de la gente que piensa que si es "verde" su consumo es menos dañino y más acorde al cuidado de la naturaleza.

Sin embargo una débil capa de aderezo verde no es suficiente para tapan el cúmulo

de ataques constantes a la naturaleza, a la salud y a las condiciones de vida de la gente.

Hemos sido un país industrial que ha conocido una dura reconversión que ha acabado prácticamente con nuestra industria siderometalúrgica y naval. En los años 70 se intentaron instalar en nuestro suelo varias centrales nucleares que fueron ampliamente contestadas por la sociedad vasca. Treinta años después, debido a la denominada liberalización del mercado de la energía en la Unión Europea en nuestro país se han puesto en marcha una serie de proyectos energéticos que apoyándose en la mejora tecnológica y en la mayor eficacia para obtener energía eléctrica a partir del gas natural van a comprometer seriamente nuestras condiciones ambientales.

Estos proyectos han tirado por tierra las planificaciones energéticas de los gobiernos de Gasteiz (3E-2005) y de Iruñea (1996) que preveían niveles de producción eléctrica autónoma (82% y 100% respectivamente) ambiciosos y coherentes con una política energética de nuevo cuño.

El plegamiento de la Administración vasca y navarra a los designios de las transnacionales de la energía y fundamentalmente de Iberdrola, supone no solamente no cumplir con nuestros compromisos internacionales para combatir el cambio climático (Protocolo de Kioto- Estado Español-15% de CO₂ por



encima de las emisiones de 1990) sino el inicio de una etapa de importación de recursos y producción eléctrica para mercados exteriores, que hipoteca nuestro futuro al contaminar el aire y el agua, abandona el ahorro energético, renuncia a la puesta en marcha de proyectos energéticos alternativos locales y en el caso de Navarra tira por tierra uno de los ejemplos regionales más avanzados del planeta en materia energética.

La comunidad autónoma de Navarra había conseguido producir, por sus condicio-

nes orográficas y demográficas, el 100% de su energía eléctrica en base a sus parques eólicos y saltos mini-hidráulicos, a la biomasa y a la energía solar fotovoltaica. No era un sueño sino una atractiva realidad que se ha hecho añicos al instalar junto al Ebro dos centrales de ciclo combinado que no generan más de 100 empleos pero que producirán quemando metano tantos megavatios como todas las instalaciones de energías renovables juntas.

PROYECTO	PROMOTOR	POTENCIA	EMISIONES CO ₂
Petronor IGCC	Petronor	800 MW	6.000.000. Tn/año
Bahia Bizkaia	Iberdrola, Repsol, BP-Amoco, EVE	800 MW	2.600.000. Tn/año
Santurtzi Z.K.	Iberdrola	375 MW	1.150.000. Tn/año
Zabalgarbi	Vivendi, EVE, BBK	90 MW	675.000. Tn/año
Boroa	ESB- Irlanda	800 MW	2.600.000. Tn/año
Castejón	Iberdrola	800 MW	2.600.000. Tn/año
Castejón	Hidrocantábrico	400 MW	1.300.000. Tn/año

En este país hemos visto a los sindicatos protestar ante la amenaza centralista de engullir o cambiar la sede social de nuestras empresas multinacionales. Eso repercutiría en la cantidad y en la calidad del empleo claramente, pero también los nuevos proyectos energéticos diseñados en su mayoría por estos agentes vascos de la globalización

van a trastocar de forma notable las condiciones de vida y de trabajo, generando poco empleo, mucho movimiento de capitales y problemas ecológicos graves y ante eso la respuesta sindical y del mundo socio-político vasco ha sido mucho más limitada, exceptuando casos como el de Zornotza.



El fraude de la energía verde evidencia el intento empresarial de engañar a la opinión pública con un machacón pero débil barniz ambientalista, intentando hacer aparecer como ambientalmente positivos sus grandes centrales hidráulicas. No tendrían pegas para vender como ecológica, renovable y alternativa los megavatios que hipotéticamente se obtendrán en el pantano de Itoiz.

Por el eso el ecologismo y también los sindicalistas tienen la responsabilidad de contrarrestar esta estrategia reivindicando que lo mejor para el medio ambiente y para el empleo son las políticas de ahorro energético, la promoción de proyectos energéticos locales y la sustitución de los combustibles fósiles por la energía solar. Los proyectos arriba anunciados hacen muy difícil este cambio.

**LA COLABORACION
ECOSINDICALISTA SIGNIFICA IR MÁS
ALLÁ DEL BUEN ENTENDIMIENTO
ENTRE EL DEPARTAMENTO DE
SALUD LABORAL SINDICAL Y LOS
ENCARGADOS DE RELACIONES
EXTERIORES DE LAS
ORGANIZACIONES ECOLOGISTAS**

Los sucesos de Erandio en 1969 son un buen acicate para aquellas personas que

pretendan entender por dónde discurren los nexos de unión entre ecologismo y sindicalismo. ¡¡Fuera el gas!! era el grito unánime de una población que rodeada por industrias químicas se veía intoxicada en días de climatología adversa e inversión térmica. Octubre del 69 es también el origen del ecologismo vasco, su hito inicial. El lugar y el momento en que se manifiesta que las condiciones de trabajo y las de vida de las personas van unidas y que tan importantes son las unas como las otras.

En Euskal Herria han existido y existen conflictos entre ecologistas y sindicatos no demasiado fuertes ni virulentos. En general, el ecologismo dirige sus quejas hacia la Administración y en menor medida hacia el empresariado. En cualquier caso se observan conflictos ecosindicales en zonas urbanas, industriales y agrarias entre productores y defensores del medio ambiente. Y es seguro que van a seguir existiendo. Se dice, desde la óptica más tradicional de la izquierda, que el problema reside en que los ecologistas anteponen el respeto a la naturaleza, a animales y plantas que a la dignidad humana. Y los y las ecologistas responden que esa dignidad deberá ir más allá de defender el empleo de los y las que lo tienen, aunque no es poco en los tiempos de despido libre que corren.



Existe en la sociedad vasca una sacralización del trabajo que deberíamos cuestionar puesto que vivimos en una sociedad despilfarradora de recursos y superproductora de bienes. Es necesario poner en cuestión líneas de producción y negocios (armamento, canteras, incineradoras, grandes superficies comerciales...) que no suponen sino la generación de valores insolidarios y particularistas y plantear su remodelación en actividades productivas alternativas, aunque no sean tan rentables para algunos, deberían ser más saludables para sus trabajadores y para la sociedad en general.

A diferencia de otros lugares, el ecologismo vasco ha tenido posiciones y compromisos político-sociales profundos, ha sido y es abiertamente anticapitalista y sus principales campañas giran más en torno a cuestiones urbanas y anti-desarrollistas, que a la defensa de espacios naturales, teniendo por ello una marcada posición anti-institucional. Estas características no son malas para relacionarse con el mundo sindical, pero le ayudan poco a desplegar sus propuestas más allá de la protesta. Desgraciadamente la práctica alternativa se queda reducida a pequeños círculos de colaboradores.

En términos generales obreros y sindicatos ven con buenos ojos lo que el ecologismo plantea; pero les parece utópico y fuera de lugar. Piensan que el ecologismo es incapaz

de plantear alternativas generales y viables para el conjunto de la sociedad. Y no les falta razón.

El sindicalismo por su fuerza estructural y por su amplia dimensión social puede ayudar al ecologismo a salir del localismo y a poner en práctica algunas alternativas que generen salud y empleo. Los primeros y difíciles pasos para el mutuo conocimiento entre sindicalistas y ecologistas ya están dados. El trabajo comenzado de proyectos ecosindicales debe profundizarse y dirigirse especialmente a los comités de empresa con propuestas específicas (legislación medioambiental, reconversión hacia la producción limpia, evitación de residuos tóxicos, ahorro energético, transporte público, colectivo, no motorizado...).

Es curioso que el movimiento ecologista aquí tenga relaciones más estrechas y más trabajo en común con el sindicalismo baserritarra y con el sector agrícola, que representa el 3,7% de la población empleada en Euskal Herria y ve seriamente amenazada su supervivencia, que con el sindicalismo industrial, sector seriamente en retroceso pero que con el 37% de los ocupados representa el sector más potente del sindicalismo vasco. Ese es nuestro reto.

Como decía Boris Frankel en "Los utópicos post-industriales": "Si la izquierda hace



oídos sordos a las críticas a la sociedad existente de las ecofeministas y de los ecosocialistas se autocondenará a un futuro de conservadurismo político y de marginación. Por otro lado, sin la fuerza político-económica y la experiencia del movimiento obrero, los movimientos alternativos están igualmente condenados a desaparecer bajo el peso de las fuerzas políticas conservadoras que constituyen una seria amenaza para el conjunto de todo el planeta”.

La economía moral y la ecología social son nuevos valores a desarrollar para que los vientos de conservadurismo e insolidaridad

declinen. Salir de los retos post-industriales en convergencia ecosindical puede augurar algún éxito. La defensa de miopes criterios de crecimiento productivista por parte del sindicalismo o de desarrollo sostenible sólo para los ricos por parte del ecologismo sería un camino equivocado por antinatural y antihumano. Ese es el desafío común para el mundo sindical y para el ecologista. Aprendiendo de su historia común y generando prácticas de mutua colaboración, la simbiosis ecosindical es un germen de esperanza para una Euskal Herria justa y solidaria en un mundo sostenible ambientalmente.



BIBLIOGRAFÍA

- RENNER, M. (1994) *“El empleo en una economía sostenible”* Cuadernos Worldwatch. Bakeaz. Bilbao.
- BERMEJO, R. (1994) *“Equilibrio ecológico, crecimiento y empleo”* Cuadernos Bakeaz, N.º 3. Bilbao.
- FRANKEL, B. (1990) *“Los utópicos post-industriales”*. Ed. Alfons El Magnánim. Valencia.
- OFFE, C. (1988) *“Partidos políticos y movimientos sociales”* Sistema, Madrid.
- FERNANDEZ BUEY, F. (1990) *“Programas sindicales, intereses obreros y reivindicaciones ecologistas en la lucha por un mundo habitable”* MIENTRAS TANTO, N.º 41. Barcelona.
- WOLF, W. (1996) *“La Sociedad del automóvil: Un callejón sin salida”* MIENTRAS TANTO, N.º 61. 97-109 Barcelona.
- RIECHMANN, J. y OTROS. (1995) *“De la economía a la ecología”* Trotta y Fundación 1 de Mayo, Madrid.
- RIECHMANN, J. y FERNANDEZ BUEY, F. (1998) *“Trabajar sin destruir. Trabajadores, sindicatos y ecologismo”* Ediciones HOAC. Madrid.
- AA.VV. (1992) *Manifestu Ecosozialista. Alternatiba berde baten alde Europan*. Libros de la Catarata/Bakeaz. Bilbo.
- DE LA ROCA, F.; LERMA, I.; GARCIA, E. (1996) *“La participación de los trabajadores en la gestión medioambiental de las empresas”* Germania. Valencia.



